

EDIT: Tus recuerdos están fragmentados.

Nunca me ha interesado el cine desde el punto de vista del mismo cine. Nunca he sabido mucho sobre directores, actores o títulos. Cuando estudié comunicación audiovisual en la universidad tenía que mirar disimuladamente hacia otro lado durante las conversaciones apasionadas de mis compañeros cinéfilos. Actrices, directores, fechas... siempre me he sentido perdido entre todos esos nombres. Era en el espacio íntimo de mi casa donde disfrutaba más de las narraciones audiovisuales. Un VHS o un programa de la tele con decenas de cortes publicitarios. Además, esa misma pantalla del salón era el contenedor donde aparecían otras imágenes que auguraban un futuro no muy lejano: las formadas por los píxeles de mi Spectrum 48k. Los juegos de cinta, las aventuras gráficas, los trucos, los programas en lenguaje Basic, la Micro Hobby...

Pero había un tercer uso de esa pantalla que tenía aún más posibilidades, gracias a su extensión más valiosa: la cámara de video doméstica. Con ella, junto a ella, pasaba horas, fines de semana encerrado, solo o acompañado, grabando cortos, programas de televisión ficticios, programas de magia y muchos experimentos.

Entre esos experimentos, los más laboriosos pero también más divertidos eran las animaciones stop-motion con figuras de plastilina. Mi hermano Juan y yo desarrollamos una técnica casera para ir construyendo, fotograma a fotograma, pequeños cortos de animación. Cada uno de nosotros empezó a desarrollar personajes que aparecían repetidamente. El personaje favorito de mi hermano era un b-boy que llevaba siempre un loro al hombro. El mío, una especie de cangrejo gigante.

Este personaje consistía en una gran bola roja con dos patitas y dos brazos que terminaban en unas pinzas, más dos bolas azules pegadas sobre lo que debía ser la cara. Probablemente fruto de un error inicial en el que se le debió caer un ojo mal pegado, la actividad principal del cangrejo consistía en perseguir sus propios ojos que rodaban sin cesar. Lo más curioso es que, en medio de estas carreras, aprovechaba para dar unas cuantas vueltas sobre sí mismo, mientras abría y cerraba las pinzas sobre su cabeza, algo así como una danza folclórica. Recuerdo que cuando conseguía recuperar sus ojos saludaba a la cámara solemnemente. Ese cangrejo ya era bailarín profesional. Nunca sabré por qué, con apenas diez años, di vida a un cangrejo gigante que bailaba y perseguía sus ojos. Pero ahora veo claramente mi propio recorrido reflejado en esa bola de plastilina.

Vivo mutilado por la gran curiosidad que me producen las imágenes, corriendo detrás de una explicación al secreto custodiado por los propios ojos. Corro detrás de las imágenes, fascinado por su poder y su fragilidad; su verdad y su mentira. Y esa persecución me mantiene alerta, físicamente activo. El tejido cerebral encendido, los órganos funcionando, las extremidades en movimiento. Y es que son las imágenes las que me mueven.

El hallazgo de esta analogía es copernicano: ¿y si las imágenes en movimiento del cine estuvieran en realidad quietas y fuéramos nosotros los que nos movemos respecto a ellas? Habría entonces un mundo de imágenes infinitas; todas las posibles imágenes ya estarían ahí, congeladas, esperando a ser observadas en un barrido temporal por algún ojo. Serían así nuestros cuerpos, empezando por los ojos, los que darían sentido temporal a esa colección infinita de posibles imágenes

estáticas. El conjunto motriz de todos los cuerpos de los seres vivos sería como el mecanismo que hace girar el proyector de cine del universo, su impulso hacia delante en el tiempo. Pero las imágenes seguirían ahí inamovibles, todas siempre iguales, expectantes.

Las imágenes son entonces un conjunto infinito de posibilidad inmutable. Es a través del cuerpo que la sensación pura del movimiento se manifiesta más intensamente. Ese cuerpo que corre, gira y baila como un cangrejo gigante está y no está, era y no es, es lo que cambia: la cuarta dimensión, la temporalidad y el movimiento en su expresión más profunda.

Un dato relevante, que añade dimensión trágica a esta historia, es el destino infeliz de todas esas horas de experimentos y animaciones. Los devaneos familiares acabaron depositando esas cintas en lo más profundo (poco profundo) de un riachuelo a las afueras de Madrid. Del contenido de esas cintas solo conservo recuerdos fragmentados.

Pablo Esbert Lilienfeld
13 de Noviembre del 2011

Un película

Arrebato. Iván Zulueta

Un libro

En el momento del parpadeo. Walter Murch